

El Lápiz mágico del abuelo Juan

JUANE GUMBAU



*A Roser y María,
que comparten conmigo la
paternidad de esta historia.*

Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Ilustración

Antonio Perera

Coordina la colección

Equipo Dylar

Diseño

Alfonso Méndez Publicitat

Maquetación

copion

Fotomecánica

copion

Impresión

Brosmac, S.L.

Depósito legal:

ISBN: 978-84-92795-48-2

© Juan Emilio Gumbau

© DYLAR ediciones

Tel.: 902 44 44 13

e-mail: dylar@dylar.es

www.dylar.es

Este libro está impreso sobre papel reciclable, ecológico, libre de cloro, y contribuye al desarrollo sostenible de los bosques.

El Lápiz mágico del abuelo Juan

JUANE GUMBAU



Juane Gumbau



¿Conoces al autor?

Juane nació en Burriana (Castellón) con el nombre de Juan Emilio, allá por el año 1970. Era el 12 de febrero. Como no, de pequeño le gustaban los cómics y los libros de aventuras. Cuando se hizo más mayor, decidió escribir aquello que le dictaba su imaginación. De esta forma aparecieron sus primeros cuentos. En el año 2005 se publicó su primera novela juvenil, *"El ángel de la muerte"*. Una noche, inventándose un cuento para sus hijas gemelas, surgió el personaje del abuelo Juan, sus nietos y el lápiz mágico. A partir de ese momento, la literatura infantil le cautiva por completo. En palabras del autor, "las historias para niños son una maravilla".

Completa la ficha



El autor del *Lápiz mágico del abuelo Juan* se llama.....

.....

y nació en

.....

En el año 2005 se publicó su primera novela juvenil que se titula

.....

.....

¿Cómo surge el personaje del abuelo Juan?

.....

.....

.....

.....

.....



El aburrido pueblo de Villabostezo

El pueblo de Villabostezo es un lugar sumamente aburrido, ya que pocos son los acontecimientos que rompen la rutina diaria. Así, todos los días se parecen unos a otros. Pongamos por ejemplo que los lunes la señora Maniática saca la basura a las diez y veintitrés de la noche; pues también la saca los martes a la misma hora, y los miércoles, y los jueves y, cómo no, los viernes y los sábados. Eso sí, los domingos no la saca sencillamente porque no pasa el camión de la basura. O el caso del señor taxista, que

trabaja toda la semana, de lunes a domingo, a pesar de que los viernes a mediodía no merece la pena llamarlo, ya que nunca lleva pasajeros de doce a dos de la tarde. Y es que su coche siempre se queda sin gasolina alrededor del mediodía de los viernes. Además, dice que el mejor día para limpiar el coche es el viernes a la una del mediodía, antes de que el agua del túnel de lavado se relaje de cara al fin de semana.

En una de las calles de Villabos-tezo vive Martín, un niño de once años. Tiene los cabellos oscuros, unos ojos preciosos de un azul metálico y le gusta vestirse con ropa deportiva y chaquetas con capucha. Su casa es un tanto curiosa, ya que exteriormente está pintada por completo de color verde. Y cuando se dice toda, es toda; eso sí, con diferentes tonalidades de verde. Por ejemplo: las puertas

son de un verde césped, las ventanas de verde manzana, el techo de verde aceituna y los ladrillos de cara vista de un verde muy suave, como el verde de las aguas del Caribe. Dentro de la casa el verde del exterior deja paso a todo un surtido de colores. Es, cuando menos, como si el arco iris se hubiera colado dentro de la vivienda. De hecho, es la casa más divertida de Villabostezo.

Martín vive con sus padres, su hermana Tica, de seis años, y su abuelo Juan. Bien, esto es inexacto, porque el abuelo Juan hace tres meses que desapareció de una manera misteriosa. La madre de Martín no para de llorar: llora por la mañana, llora después de comer, llora por los rincones, por las escaleras, dentro de los baños y en el jardín. Toda ella es un llanto, porque quiere mucho a su padre y está muy triste. Martín y Tica también lloran,

pero no tanto. Y no es porque quieran menos al abuelo, sino porque ambos piensan que no tardará en regresar. Los fines de semana, los dos niños notan más su ausencia, ya que el abuelo Juan es un mago consumado, y los sábados y domingos distrae a sus nietos con los trucos más increíbles.

Pero dejémonos de explicaciones y pasemos a leer la historia que aquí se va a relatar.

Todo comenzó el tercer sábado del mes de abril. Era un día lluvioso y feo, que obligaba a los niños de Villabostezo a permanecer en casa, encerrados y aburridos por no poder ir a jugar al parque. Martín estaba malhumorado: había quedado con los amigos para ir al cine, pero sus padres no consintieron en llevarlo, ya que aquello era

un auténtico diluvio. Así que, en lugar de estar con Roberto, Marga, Dani, Joana y Francis, le tocaba quedarse en casa, riendo constantemente con Tica, que estaba como el tiempo. Tica es una niña delgada y bastante alta para su edad. Siempre lleva dos trenzas y tiene cara de buena niña, aunque debe reconocerse que es un poco revoltosa. La última de la peque de la casa había sido cargarse la *Play*. ¡Era lo que faltaba! Ahora Martín no podía disfrutar de su juego preferido. Los padres estaban en el garaje, intentando poner orden en el montón de trastos que se habían ido acumulando. Habían encargado a Martín que vigilara a Tica, pero él no estaba por la labor. Mientras Tica saltaba de un sofá a otro, Martín cambiaba el canal de la televisión continuamente, su segunda afición preferida.

Pero incluso la tele aburrió a Martín. Se levantó entonces y se acercó a la ventana. Contempló cómo la gente iba de aquí para allá, bien cubierta por su paraguas negro, los más comunes en Villabostezo. Pero aquello tampoco lo divertía. No comprendía cómo había gente que se podía pasar el día mirando a otros desde una ventana. Como por ejemplo su vecino, el señor Malababa, un viejo de aspecto siniestro que se pasaba todos los santos días asomado a la ventana. Ciertamente, el señor Malababa era un fisgón consumado que escudriñaba a toda la vecindad. Por si acaso, lo comprobó... Sí, no fallaba, allí estaba, en su ventana de siempre, y ahora lo miraba directamente a él. Martín se avergonzó y corrió la cortina. El señor Malababa siempre lo había puesto un poco nervioso. Tenía los cabellos largos y blancos y siempre vestía con

ropa que le quedaba grande. Martín regresó al sofá y se puso a pensar qué podía hacer para distraerse, y pensando y pensando se le ocurrió una gran idea. El abuelo Juan preparaba sus trucos en el desván, en una habitación donde estaba prohibida la entrada al resto de la familia. Era su escondrijo privado, la cámara prohibida. Los nietos le habían rogado cien veces que los dejara entrar, pero el abuelo era inflexible en aquel aspecto. Sí, la cámara privada del abuelo era la solución para acabar con su aburrimiento.

Evidentemente, la puerta estaba cerrada con llave, pero aquello no era ningún obstáculo, ya que Martín sabía dónde encontrarla. Lo sabía desde finales del verano. Un domingo había seguido al abuelo hasta el des-

ván para ayudarle a transportar unos sables que había utilizado en el truco de clavarlos en una caja donde, previamente, se había introducido Tica. Pues bien, al llegar ante la puerta de la cámara prohibida, frente a la cual había un pequeño cuadro que representaba una puerta en la lejanía, el abuelo pidió a Martín que se fuera. El nieto obedeció, pero solo en apariencia, ya que, al comenzar a bajar las escaleras, regresó y asomó la cabeza al rellano para ver cómo el abuelo, confiado, descolgaba el cuadro y cogía una llave que estaba pegada detrás.

Aquella tarde Martín apartó el cuadro y, efectivamente, allí estaba: la llave de la cámara prohibida. La cogió y se dirigió a la puerta. Una vuelta, dos... La puerta se abrió con un chirrido misterioso. La habitación



estaba a oscuras, así que Martín descorrió la cortina de una gran ventana y, al instante, se iluminó la estancia. Sin embargo, como el día estaba nublado, la claridad era escasa, así que apretó el interruptor y la luz dejó ver toda la habitación, descubriendo un auténtico tesoro.

Sí, allí estaba: el baúl de trucos del abuelo Juan. Martín recordaba que el abuelo siempre lo llevaba detrás cuando hacía algún gran truco. Era enorme, pintado de azul marino con pequeñas estrellas doradas desparramadas por todos lados. Martín estaba emocionado. Los grandes secretos del abuelo estaban allí dentro. Ceremoniosamente, Martín se dispuso a abrir el baúl. Las manos, temblorosas, le sudaban. En realidad todo su cuerpo temblaba. Cogió aire, contó hasta tres: un, dos, tres y... ¡Cha, chan! El baúl estaba abierto.